

do á ella vive el sarmiento (1). Ese Sacramento es Dios, y solo uniéndose á Dios se hace el hombre grande y digno de Dios.

Concluyamos, Señores. La fe nos dice que en ese Sacramento está Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Venid, adorémosle, postrémonos ante él (2). Como el ciego de nacimiento al recibir la luz y reconocerle, digámosle: Creo, Señor (3); y creyendo, amemos; y amándole, rindámosle nuestros homenajes, y acerquémonos á él. Nos espera como un amigo, como un maestro, como un hermano, como un padre. Todos estos títulos de amor y de confianza toma con nosotros. No resistamos más. ¿A quién iremos sino á Él, que tiene palabras de vida eterna? (4) Fuera de Él, todo es tinieblas, corrupcion, muerte: junto á Él y en Él todo es luz, santidad, vida, amor y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará, si creemos y amamos; y nos lo dará en el tiempo y en la eternidad.

(1) Id. XV, 5.

(2) Psalm. XCIV, 6.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Id. VI, 69.

---

## TERCER SERMON.

---

La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de él y de sus méritos. La Eucaristia, prenda de esperanza.

*Fundamentum aliud nemo potest  
ponere præter id quod positum est,  
quod est Christus Jesus.*

(I ad Corinth. III, 11.)

**E**L designio de Dios, al criar al hombre á semejanza suya, fué tener en la tierra una criatura en quien se reflejárán sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion eterna de su gloria. Una condicion le impone tan solo: la fidelidad á un precepto, sencillo en sí, pero importantísimo en su objeto; para que, reconociéndose el hombre, con la obediencia, príncipe tributario de un rey supremo, existiese en él la razon del mérito necesario para la consecucion de un bien, que Dios quiere conceder únicamente como recompensa. Faltó la condicion; y el pecado, robando al hombre todos sus bienes, debia robarle tambien la esperanza de llegar un dia al término de que tanto se habia alejado: pero Dios no quiso. Al momento acude lleno de misericordia, que se complace en ostentar siempre sobre todas sus obras (1), y que no olvida ni aun en el dia de sus iras (2),

(1) Psalm. CXLIV, 9.

(2) Habac. III, 2.

y deposita la esperanza en el corazón del hombre, como consuelo en el dolor, bálsamo en la herida, y áncora en el naufragio. Y es que el pecado de Adán, dice Tertuliano (1), no fué sino un pecado de impaciencia; porque quiso elevarse á Dios demasiado pronto, y quiso lograrlo por el camino de la rebelión y de la desobediencia, en vez de hacerlo por el de la fidelidad, la obediencia, y el amor. Pero en cuanto á la idea en sí misma, el deseo de Adán no fué sino una necesidad, un instinto de la naturaleza. Por ello, dice el mismo Tertuliano, Dios no maldice á Adán y á Eva, como que les preparaba una restauración para elevarlos de nuevo (2). Ese instinto persevera en el hombre, y Dios lo alimenta con la esperanza, anunciándole un restaurador que, destruyendo los efectos del pecado, le devuelva con la gracia los bienes perdidos, y la virtud que le asemeja á Dios, y le da un derecho á la gloria prometida por el Criador. Este anuncio, que sigue inmediatamente al pecado, y esa esperanza constante miran á Jesucristo, no solo como á compañero del hombre que une su naturaleza á la de Dios en su persona, sino como víctima y Sacerdote, que expiando el pecado, conquiste para la criatura la gloria perdida, y merezca la gracia que acerca á Dios á cuantos de ella viven, haciéndoles participantes de su divina naturale-

(1) Perit, et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam, et circa Dei præmonitionem, et circa Diaboli circumscriptionem, illam servare, hanc refutare non sustinens.... innocens erat, et Deo de proximo amicus, et paradisi colonus. At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit cælestia sustinere posse. (Tert. lib. de Patientia, cap. 5.)

(2) Nam etsi Adam propter statum legis deditus mortí est, sed spes et salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Id. adversus Marcion., lib. 2, cap. 25.)

za. Esto hizo Jesucristo. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, le envió el Padre para que redimiese á los que estaban bajo la ley del pecado, y les diese la adopción de hijos de Dios (1). Este fué el objeto de su Encarnación, y este el de la Eucaristía, perpetuación de aquella, que le hace vivir siempre con nosotros en el augusto Sacramento, con los mismos caracteres, con el mismo objeto, y con el mismo resultado de su vida mortal. Por eso se llama prenda de eterna gloria (2), documento de esperanza, prenda de felicidad. Considerémosle hoy bajo este punto de vista. La esperanza del hombre se funda en el sacrificio de Jesucristo, y en la participación de él y de sus méritos: primera parte. El Sacramento de nuestros altares, perpetuando este sacrificio, es la prenda de nuestra esperanza, y el estímulo y modelo de nuestros sacrificios, necesarios para alcanzar lo que esperamos.

#### PRIMERA PARTE.

Es innegable, hermanos míos, que en el hombre hay un desorden intrínseco, que hace de él un misterio; pero es inconcebible que ese desorden venga de Dios, y que su Criador le formara tal, cual nosotros le vemos. El desorden no puede ser obra de la Sabiduría infinita; es un efecto del pecado; que, siendo un desorden en sí mismo, no produce fruto sino según su naturaleza. ¿Aban-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Æternæ gloriæ nobis pignus datur. (In Offic. Corp. Christi.) Notissimum futuræ felicitatis indicium, et divinæ miserationis præsagium certum. (S. Laur. Justin., serm. de Corp. Christi.)